



zobispo de Toledo, y ejercitose en los mismos estudios, porque compuso una historia de las cosas de España, en cuyo principio ingirió el cronicon de San Isidoro, que dió ocasion á algunos de tener y citar la primera parte de aquella historia por del mismo santo. Escribió demas de la historia la vida del dicho San Isidoro, y otro libro grande de sus milagros: obra en que de la mitad adelante, confuta la secta de los albigenses y sus errores, que son los mismos de los luteranos. De la confutacion consta que estos herejes entraron en España, segun que arriba se mostró por un pedazo que deste libro tomamos. Escribió estas obras como él mismo lo testifica por mandato de la reina doña Berenguela, señora muy devota y favorecedora de los hombres virtuosos y letrados.

Los moros de Baeza tenían apretado el castillo de aquella ciudad, que como se dijo quedó en poder de cristianos; que si bien eran en pequeño número, por estar proveidos de vituallas, se defendieron y entretuvieron hasta tanto que el rey D. Fernando sobrevino con un grueso ejército. Con su venida, los moros, visto que no tenían fuerzas bastantes para resistir, no sólo desistieron del cerco, sino desamparada la ciudad, se retiraron á lo más dentro del Andalucía. Quedó por gobernador de aquella ciudad nuevamente ganada D. Lope de Haro, merced debida á sus servicios, pues en todas las empresas de importancia se hallaba. El cuidado de Martos se encargó á Alvar Perez de Castro y á Tello de Meneses. No se hizo alguna otra cosa que sea digna de memoria en esta jornada, salvo que despues que el rey dió la vuelta á Toledo, D. Tello con sus soldados entró á correr los campos de Baena y de Lucena, sin parar hasta dar vista á la campiña de Sevilla, y hacer por todas partes grandes talas y presas.

Por el contrario, el rey de Sevilla, para divertille con su gente, llegó á la ciudad de Baeza y le corrió sus campos. Los moros, que se ausentaron de aquella ciudad por ser restituidos en su patria, le incitaron á emprender esta jornada; pero visto que no tenía fuerzas bastantes para salir con la empresa, trató de hacer paces con los cristianos, y se concertó de pagar cada un año de tributo trescientos mil ma-

ravedís, en especial que de su misma gente se le armaba otra mayor tempestad; y fué que los moros de Murcia por este tiempo alzaron por rey un moro, por nombre Abenhut, que venia del linaje de los reyes de Zaragoza, y era grande enemigo de los Almohades. Decia públicamente que la causa de los males y calamidades pasadas, y de hallarse su nacion en aquel término y tan sin fuerzas, eran las novedades que aquella secta introdujo en España. No hay cosa más poderosa para mover al pueblo que la capa de religion, debajo de la cual se suelen encubrir grandes engaños. Arrimósele, pues, gran morisma por esta causa, gran muchedumbre de gentes, en especial en la comarca de Granada y en lo restante de Andalucía, con esperanza en que todos entraban, que por medio deste moro se mejoraria y adelantaria su partido, que iba muy de caída. Los demas de aquella nacion, y aun los príncipes cristianos, estaban con cuidado no resultase de aquella centella y de aquel principio algun fuego con que todo se abrasase.

Esto pasaba en España el año que se contó de Cristo mil doscientos veintiocho. En Francia, el mismo año, Ramon, postrer conde de Tolosa, apretado con la guerra que el rey Luis le hacia por causa de su herejía, se redujo y se reconcilió con la Iglesia. Las condiciones y cargas que el mismo rey y romano cardenal de San Angel como legado del papa le impusieron, fueron las siguientes: que el conde, con todo cuidado, procurase desterrar de su tierra la secta de los albigenses: que su hija y heredera, por nombre Juana, casase con uno de los hermanos de aquel rey, el que más le agradase: si deste matrimonio no quedase sucesion, el condado de Tolosa se juntase con la corona de Francia. La ignorancia suele acarrear grandes daños: para la enseñanza del pueblo, mandaron que en la ciudad de Tolosa asalariase á su costa cuatro lectores de teología, dos juristas, seis maestros de las artes liberales y dos gramáticos. Para seguridad que cumpliría todo esto, puso en poder del rey y le entregó cinco castillos y su misma hija. Tomóse este asiento en la ciudad de París; y hechas las capitulaciones, por el mes de Abril compareció



el conde en la iglesia Mayor de aquella ciudad, desnudo, fuera de la camisa: allí le absolvió el legado de las censuras incurridas por los excesos pasados: juntamente le dió la divisa de la cruz, como se acostumbraba, para que dentro de cierto tiempo pasase á la guerra de la Tierra Santa, y en ella residiese por espacio y término de cinco años, que era una de las condiciones que se capitularon: tan grande autoridad tenían por estos tiempos los papas, tanta fuerza la Iglesia, ayudada del favor y asistencia de los reyes, para castigar los rebeldes y malos, y escarmentar á los demas. Fallecieron otrosí en España algunos grandes personajes, y entre ellos D. Ramiro, obispo de Pamplona, de la nobilísima alcuña de los reyes de Navarra. Sucedióle en el obispado D. Pedro Ramirez, en cuyo tiempo el papa Gregorio IX tomó debajo de su proteccion aquella iglesia y sus prelados, que era eximilla de la jurisdiccion de los metropolitanos de España.

En Aragon, el rey con su buena maña conquistaba aquellos caballeròs parciales para que se le rindiesen: recibió en su gracia á su tío el infante D. Fernando, sin embargo de las revueltas pasadas, y púsole por condicion diese órden cómo los conjurados se alzasen entre sí unos á otros los homenajes y la palabra que se tenían dada. D. Sancho, obispo de Zaragoza, pretendia le restituyesen los pueblos que eran de su hermano D. Pedro Ahones, de que el rey se apoderó luégo que le mataron: otorgóle que estuviese á derecho, y que pasasen por lo que los jueces determinasen; hizose así, y oidas las partes, pronunciaron que los pueblos que tenían en tenencia quedasen por el rey; los demas heredados de sus padres restituyesen al obispo, pues no era justo que por la falta de uno padeciese todo el linaje: parecia con esto quedar el reino sosegado. Los de la casa de Cabrera no acababan de apaciguarse. Aurembiase, hija de Armengol, conde de Urgel, segun que se concertára, pretendia en juicio que le restituyesen el estado de su padre, de que los Cabrerias se apoderaron por fuerza. Ellos no sólo no hacian caso de aquella demanda, más aun mostraban burlarse de la autoridad real, y no querian dejar el estado que poseian

de años atras. Vinieron á rompimiento y á las manos: el rey, que hacia las partes de aquella señora, quitó á los Cabrerias muchos de aquellos pueblos, unos por fuerza, otros que se rindieron de su voluntad, en especial la ciudad de Balaguer, cabeza de aquel estado de Urgel.

Hecho esto, acordó casar aquella doncella Aurembiase, para que nadie se le atreviese, con D. Pedro, infante de Portugal, tío suyo, primo hermano de su padre, que á la sazón andaba huido en la córte de Aragon. Gerardo Cabrera el desposeido tomó el hábito de los templarios, quién sabe si por devocion, si por otro respeto; lo cierto es que los años adelante D. Ponce, su hijo, por el derecho que su padre pretendia, alcanzó el condado de Urgel, á causa que Aurembiase no dejó sucesion alguna de su marido el infante D. Pedro, como se dirá en otro lugar; con tanto tuvieron fin aquellos debates. El deudo del rey y del infante, era desta manera: el infante D. Pedro fué hijo de D. Sancho, rey de Portugal, habido en la reina doña Aldonza, hermana que fué de don Alonso, rey de Aragon, abuelo del rey D. Jaime; de suerte que el infante era tío del rey, primo hermano de su padre el rey D. Pedro que mataron en Francia.

En un mismo tiempo en Castilla y en Aragon se hacia guerra contra los moros. Los aragoneses adelantaron mucho sus cosas, los de Castilla no hicieron de presente grande progreso. El nuevo rey Abenhut tenía puesto en cuidado al rey D. Fernando por verle de nuevo apoderado de Granada, ciudad populosa y principal. Juntó sus huestes, y llegó con ellas hasta dar vista á aquella ciudad, y pasó adelante hasta Almería; mas no hizo otro efecto de importancia, á causa que el enemigo, escarmentado en cabeza ajena, se excusó de venir á las manos. Con esto se pasó lo restante deste año y del luégo siguiente mil doscientos veintinueve; en el cual tiempo se tuvo aviso de Alemania, que los caballeros teutónicos, que por espacio de muchos años mostraron mucho valor en las guerras de la Tierra Santa con la cruz negra que traian por divisa sobre manto blanco, luégo que se perdió la ciudad de Ptolemaide, se volvieron á su patria, que eran



naturales de Alemania, y con licencia del emperador Federico II hicieron su asiento en la Prusia, provincia áspera é inculta, puesta entre Sajonia y Polonia, cuyos moradores áun no eran cristianos. Aumentáronse poco adelante estos caballeros en poder y fuerzas, con apoderarse y conquistar la provincia de Livonia, que se cuenta entre los Sármatas y cae sobre el reino de Polonia. Mantuviéronse por muchos años é hicieron buenos efectos hasta tanto que Alberto, último maestre de aquella caballería, se inficionó con la herejía luterana, y con la libertad de aquella secta dejó el hábito, y renunció por casarse aquellas provincias, y las entregó al rey de Polonia.

Volvamos al rey D. Jaime de Aragon. Luégo que vió apaciguado su reino, comenzó á tratar de qué manera podría emplear sus fuerzas contra los enemigos de Cristo. Acaeció que cierto día un hombre principal de Tarragona por nombre Pedro Martello, le convidó á comer en su casa: las ventanas de la sala en que era el convite caian sobre la mar, y por frente la isla de Mallorca. Con esta ocasion, de una plática en otra vinieron á tratar de la fertilidad, frescura y riqueza de aquella isla y de las demas que caen en aquel paraje. Tomó la mano Pedro Martello, como el que tenía larga experiencia de todo lo que pasaba en este caso: encareció con muchas palabras las excelencias de Mallorca, su fertilidad y abundancia, los grandes daños que desde allí se hacian en las costas de Cataluña y las otras comarcas de España. Sucedió muy á propósito que pocos dias ántes aquellos moros tomaron ciertas naves catalanas, y al embajador que enviaron para requerir que las restituyese, como hiciese su demanda en nombre del rey D. Jaime de Aragon, respondió el rey moro, que se llambaba Retabohibes, con grande arrogancia: ¿Qué rey me nombráis aquí? El embajador: Al hijo (dijo) del rey de Aragon que en las Navas de Tolosa desbarató y destrozó un grande ejército de vuestra nacion. Indignése el moro de suerte con esta respuesta tan resoluta, que poco faltó no pusiesen la mano en el embajador; mas en fin, prevaleció el derecho de las gentes: sólo le hicieron luégo salir de la isla.

Alteróse el rey de Aragon oidas estas cosas y resolvióse de emprender aquella guerra, en que tantas comodidades se representaban. Para apercebirse de todo lo necesario juntó córtés en Barcelona, dió cuenta de la empresa que pensaba tomar, de que los presentes recibieron tanto gusto, que con grande voluntad para este efecto le otorgaron segunda vez el bovático, tributo que se solia dar á los reyes una vez solamente. Con esto despachó sus cartas, en que mandó que para mediado el mes de Mayo los soldados y las compañías se juntasen en el puerto de Salu, cerca de Tarragona, do se aprestaba la armada y se hacia toda la masa de la gente para pasar á Mallorca. En este medio vino de Roma á Aragon por legado del papa, Juan, monje de Cluñi y cardenal sabinense, sobre negocios muy graves. Acudió el rey á Calatayud para verse con el legado. Vino asimismo á aquella ciudad Zeyt, rey de Valencia, despojado de aquel reyno y de aquella ciudad por otro moro llamado Zaen. El amistad que tenía con los cristianos le acarreó este daño y este reves tan grande, demas que se rugia queria hacerse cristiano. Por esto el rey don Jaime se resolvió de recebirle debajo de su proteccion, no sólo á él, sino tambien á su hijo Abahomad, y para restituillos en su estado hacer guerra á aquel tirano, como lo cumplió adelante.

El negocio principal sobre que vino el legado era el casamiento del rey, que pretendia apartarse de la reina, y para ello alegaba el impedimento de consanguinidad, si bien tenía ya un hijo, por nombre D. Alonso, para suceder en la corona y estados de su padre. Para averiguar este pleito, el rey y el legado pasaron á Tarazona. Acudieron allí D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, y Aspargo, arzobispo de Tarragona, con otros muchos obispos de Castilla y de Aragon, para hallarse á la determinacion de aquel negocio tan grave, y que á todos tocaba. Alegaron las partes de su justicia, formóse el proceso, y por conclusion se pronunció que el casamiento era ninguno, y que el rey y la reina quedaban libres para disponer de sí; y sin embargo, determinaron que el hijo, como legitimo, heredase el reino de su



padre. Dada la sentencia, la reina doña Leonor, ya ni viuda ni casada, se partió de buena gana para hacer compañía á su hermana doña Berenguela, y consolarse con ella en aquella su soledad. Dejaronle los pueblos que tenía en Aragon, como en arras y parte de dote: llevó otrosí muchas preseas de paños ricos, plata y pedrería.

Despedida la junta, el rey acudió á Tarragona para hallarse al tiempo señalado. Lo restante del estío gastó en aprestar la flota y en juntar los soldados, que cada dia le venian en gran número con gran voluntad de tener parte en aquella empresa. Luégo que todo estuvo á punto se embarcó la gente, y por el mes de Setiembre, con buen tiempo, se hicieron á la vela y se alargaron á la mar. El número de la gente quince mil infantes y mil y quinientos caballos; ciento treinta y cinco velas entre naves de alto bordo, que eran veinticinco, doce galeras, y los demas bergantines y vasos pequeños; iban otrosí algunos bajeles que servian para llevar los caballos. La navegacion es corta: así en breve llegaron á vista de Mallorca. Allí, de súbito les sobrevino tal tempestad y les cargó el tiempo, de suerte que la armada se derrotó en gran parte y estuvieron á riesgo de no pasar adelante. Fué Dios servido que á puesta de sol el viento Leste y Levante que traía desasosegado el mar, y sopla de ordinario por aquellas partes, calmó y se trocó en cierzo, muy á propósito para proseguir su navegacion y acaballa. En todo este peligro mostró el rey grande constancia y ánimo, con que todos se animaron y se remediaron los daños.

La figura de Mallorca es cuadrada, con cuatro cabos y remates que miran á las cuatro partes del mundo. Á la parte de Poniente tiene el puerto de Palumbaria, y por frente la isla llamada Dragonera: el cabo ó promontorio de las salinas cae á Mediodía, y en medio del puerto y deste cabo, casi á igual distancia, está asentada la principal ciudad, que tiene el mismo nombre de la isla, ca se llama Mallorca; los cabos de la Piedra y de San Vicente miran á la parte de Levante y de Septentrion. Cerca del cabo de la Piedra está situado un pequeño lugar, pero que tiene buen puerto y abrigo para las naves: llámase Polencia, y antigua-

mente fué colonia de romanos. Quisiera el rey tomar este puerto, pero el viento contrario le forzó á surgir en el de Palumbaria, distante de la ciudad treinta millas. La galera capitana en que el rey iba, fué la primera á entrar en el puerto, y tras ella lo restante de la armada sin que faltase bajel alguno de toda ella. Acudió gran morisma para impedir que no saltasen en tierra; por esto le fué forzoso pasarse al puerto de Santa Poncia, que está más adelante, entre Poniente y Mediodía. Allí echaron anclas, y á pesar de los moros, saltaron en tierra; hobo algunas escaramuzas al desembarcar, en que siempre los cristianos llevaron lo mejor. El intento era enderezarse la vuelta de la ciudad de Mallorca, porque ella tomada, lo demas de la isla se rendiria con mucha facilidad.

No ignoraba esto el rey moro, ántes para su defensa tenía hechas sus estancias en el monte Portopi, que está á vista de la ciudad. La gente que tenía era más en número que en fuerzas señalada. Acordó valerse de maña y parar una celada en el camino entre unas quebradas y bosques para tomar á los enemigos descuidados y de sobresalto. Sucedióle como lo pensaba, que los cristianos se descuidaron, como si camináran por tierra segura. Visto el desórden, los moros cargaron con tal denuedo que los pusieron en grande aprieto. Murieron en la refriega, entre otros muchos, D. Guillen de Moncada, vizconde de Bearne, y D. Ramon de Moncada, personajes de gran cuenta y que iban en la vanguardia y fueron los primeros á hacer rostro en aquel trance, que fué una pérdida muy grande y notable desgracia. Bajaban del monte, que cerca está, los moros en gran número para ayudar á los suyos, de suerte que de una parte y de otra se trabó una reñida batalla, y los fieles se vieron en gran peligro y cercados de todas partes. El esfuerzo y valor del rey y su buena dicha venció estas dificultades, ca sin saber el daño que los suyos recibieron al principio, peleó valientemente y forzó á los moros primero á retirarse poco á poco, despues á huir y recogerse en sus reales. La pelea fué con poca orden á fuer de Africa, de tropel, y que ya acometen, ya vuelven las espaldas, aquí se retiran, allí cargan.



Los cristianos siguieron el alcance, subieron al monte al són de sus cajas y entraron en los reales de los moros, con que la victoria y el campo quedó de todo punto por ellos. No pasaron adelante, ni se curaron de ejecutar la victoria y de seguir á los vencidos, porque tenían la guarida cerca y más noticia de toda aquella tierra. Contentáronse con lo hecho, y con asentar sus reales á vista de la ciudad para combatilla, por entender que los de dentro estaban muy proveidos, y de su voluntad no se rendirían. Los días adelante pusieron diligencia en levantar todo género de máquinas, trabucos, torres y mantas para batir y arrimarse á las murallas. Cegaron el foso de la ciudad, que era ancho y hondo, con hornija y otros materiales. Salian los moros de rebato para desbaratar é impedir estos ingenios; pero las más veces volvían con las manos en la cabeza. Finalmente, los soldados se arrimaron al muro, y con picos arrancaron las piedras de los cimientos de cuatro torres, que apuntaron con vigas, y despues les pegaron fuego; con que las dichas cuatro torres dieron en tierra, y en el muro quedó abierta una grande entrada.

Los moros, visto el peligro que corría, si la ciudad se entraba por fuerza, de ser muertos y saqueadas sus casas, vinieron en pedir concierto. Pretendían les dejasen las vidas y haciendas, y que con su rey se pudiesen pasar en África. Á muchos parecía bueno este partido, y que se debía venir en lo que pedían. Deste parecer era D. Nuño, conde de Ruysellon, que era el medianero en estos tratos; los amigos y deudos del príncipe de Bearne, con deseo de vengarse, pretendían que era afrenta é infamia acabar la guerra ántes de tomar venganza de tantos y tan buenos caballeros como aquellos bárbaros mataron. Los cercados, perdida la esperanza de concierto, tornaron con furia rabiosa á la pelea, y con mayor ímpetu que ántes á defender la ciudad.

La desesperacion es una muy fuerte arma: hicieron mucho daño en los nuestros, tanto que ya se arrepentían los que estorbaron el concierto y holgáran se admitiera de nuevo. Finalmente, derribada gran parte del muro, era forzoso á los nuestros que por las piedras y

ruinas procurasen hacer camino. Algunos decían convenía acometer la ciudad de noche cuando las centinelas están cansadas: el rey, por excusar la libertad y desórdenes que trae consigo la noche, mandó que se guardasen las puertas y portillos con todo cuidado, porque no huyesen los enemigos.

Al alba concertó y puso en órden los suyos para dar el asalto; y de parte que pudo ser oído, les habló desta manera: «Bien conozco, amigos, que para premiar vuestros trabajos y vuestro valor, no tengo fuerzas bastantes: el reconocimiento y estima será perpétua, por cuánto la vida duráre. La ocasion que de presente se ofrece de hacer un nuevo servicio á Dios, á vuestra patria y á mi corona, y para vos ganar prez y honra inmortal, es cual veis: la mejor que se pudiera pensar. Con la toma desta ciudad y con sus despojos quedaréis ricos y bien parados, con su sangre vengaréis la de vuestros deudos y hermanos; y yo por vuestro trabajo conquistaré un nuevo reino y estado. Los de dentro son pocos en número: sin aliento por la hambre que padecen, enfermedades, trabajos. ¿Quién será de tan poco ánimo que no arremeta y cierre con los enemigos, y por aquellos muros aporillados no se haga camino con la espada para entrar en la ciudad? Á Dios teneis favorable, por cuyo nombre peleais: este será el remate de vuestros largos trabajos y fatigas, principio de alegría y de descanso. Los flacos y temerosos, si alguno hobiese, correrán más peligro: en el ánimo y osadía consiste la seguridad de los que valientemente pelearen.»

Dichas estas razones, mandó dar señal de acometer y cerrar por una, dos y tres veces. Los soldados se detenían: no sé qué miedo y espanto los tenía casi pasmados. El rey: «¿Qué esperáis (dice), soldados? ¿Qué haceis? Acometed y embestid con vuestro ánimo acostumbrado: los enemigos son los mismos que hasta aquí; ¿qué dudais?» Despertados con estas palabras como de un sueño, arremeten de golpe y de tropel con gran grita y alarido: los moros acuden á todas partes con gran coraje para defender la entrada; hacen el último esfuerzo. Encendióse la batalla y la refriega en



diversos lugares: por conclusion, muertos y heridos muchos de los enemigos, se entró en la ciudad, que saquearon los soldados á toda su voluntad, en que los unos y los otros se ensangrentaron. El rey moro, perdida toda esperanza, se escondió en cierto lugar secreto: de allí le sacaron: el rey D. Jaime, como lo tenía jurado, para mayor afrenta le tomó por la barba, si bien con palabras corteses le animó y prometió que todo se haría bien. Tomada la ciudad, sin dilacion se entregó la fortaleza, en que hallaron un hijo de aquel rey en edad de trece años, que adelante bautizaron, y se llamó D. Jaime. Heredóle el rey en tierra de Valencia, y dióle por juro de heredad la villa de Gotor, de que toman su apellido sus descendientes caballeros principales de aquel reino, así bien, como de otro caballero, por nombre Carrocio, natural de Alemania, noble y que sirvió muy bien en esta guerra, y en recompensa de sus trabajos le dieron el lugar de Reboledo, descenden los Carrocios, gente noble y principal, y que dura hasta nuestros tiempos en el mismo reino de Valencia.

Ganóse la ciudad de Mallorca postrero día de Diciembre, entrante el año de Cristo de mil doscientos treinta. Acordó el rey hacella catedral y poner en ella obispo, si bien los canónigos de Barcelona pretendían pertenecerles aquel obispado por escrituras que alegaban, del todo olvidadas y desusadas; así no salieron con su pretension. Los demascastillos y pueblos de toda la isla, con facilidad vinieron á poder de cristianos; mas ¿cómo pudieran sustentarse perdida la ciudad principal? Apaciguada la tierra, y dado asiento en las cosas del nuevo reino, los más soldados dieron vuelta para sus casas, y el rey pasó para Cataluña. En este mismo año la religion de Nuestra Señora de la Merced, que se instituyó pocos años ántes, segun que de suso queda apuntado, su modo de vivir y la regla que profesan, fué aprobada por el papa Gregorio IX, como parece por su bula dada en Perosa, ciudad de Toscana, á diez y siete de Enero deste mismo año, segun que rezan las constituciones desta órden al principio.